Editorial

El mal uso que se ha hecho del concepto "género" ha llevado a identificar a éste con las mujeres y con lo que ellas mismas han desarrollado sobre su identidad en diferentes dimensiones de su realidad social. No obstante —y aunque apenas incipiente— el análisis sobre la masculinidad por parte de los hombres, y de sus implicaciones en su manera de ver y concebir el mundo, es una realidad que va ganando terreno.

En este número pretendemos dar cabida a algunas de las reflexiones en torno a esta experiencia, elaboradas por hombres y mujeres que se detienen a desmenuzar algunos de los tantos aspectos que la llamada masculinidad trae aparejados. Unos y otras somos sujetos de las relaciones genéricas y estamos inmersos en una sociedad y cultura que —querámoslo o no— dibuja, modela en los individuos conductas y valores concretos. El género apunta a la forma de relación entre hombres y mujeres, nadie nos escapamos de su modelaje.

Los hijos y la paternidad es una cuestión de primer orden, pues allí se condensa, como actividad y espacio vital, una gran parte de la vida del individuo —hombre o mujer— y un sin fin de procesos que tienen que ver con los efectos, los valores, las "últimas preguntas" que surgen inevitablemente con el proceso de procreación y crianza de los hijos.

Engle y Leonard inician con una extensa y variada información reciente sobre la paternidad y la crianza desde la perspectiva de los varones. Las horas de atención a los hijos, el tiempo destinado al trabajo doméstico, los cambios de algunos roles dentro de las parejas, los valores del acercamiento o distancia con respecto a los hijos/as, etcétera, son unas de las tantas temáticas que trata el trabajo de estos autores, quienes ilustran de manera muy interesante lo que está sucediendo en estos aspectos en sociedades tan distantes como Zimbabwe, Egipto, México o Noruega.

David Oseguera nos muestra el panorama actual, particularmente mexicano y colimote sobre la reflexión de los hombres con respecto a su ser genérico y al análisis de algunos temas sobre la masculinidad. Uno de ellos, especialmente recu-

rrente en los estudios sobre "el ser hombre, masculino", es la asociación de la masculinidad con la violencia, como parte medular de su definición y reproducción. El incesto abusivo (Clementina Nava); los golpes y la violación (desde la perspectiva del cine mexicano de los años treinta-cincuenta, analizado por Julia Tuñón); la infertilidad como ostracismo cultural de la pareja infértil y los malestares emocionales que conduce la dificultad de procrear en una cultura que toma a la descendencia como muestra de hombría y feminidad (Cárdenas, Chávez y Lozano); las crisis de angustia que hombres y mujeres viven como respuesta psíquica a las expectativas sociales impuestas por el orden genérico (expuesto desde la experiencia clínica por Moisés Rozanes), son todas cuestiones abordadas aquí que de algún modo tienen que ver con la violencia y los valores asociados a ella como fundamento de las relaciones de género y, particularmente, de la identidad masculina.

Ortiz Betancourt y De Keijzer nos hablan por su parte de la experiencia terapéutica de hombres violentos, sobre los descubrimientos que ellos mismos hacen en el desarrollo de su análisis con respecto a las razones, limitantes y malestares a los que responde su incontrolable violencia. Ésta es una manera aprendida de responder ante la carencia de habilidades para manejar la frustración, la fragilidad, la impotencia. Una forma miserable de relación humana sustentada en el otorgamiento del derecho al control y uso de la violencia de un sexo hacia otro, sobre una idea mítica y distorsionada de superioridad.

La asociación entre fuerza-violencia-superioridad va acompañada de la mutilación de las expresiones de debilidad-afecto-fragilidad. El valor del hombre como "proveedor" exclusivo ha vivido desde la industrialización, con el proceso paulatino de incorporación de las mujeres al mercado de trabajo, una merma significativa que se expresa en una inestable etapa de reacomodos y resignificaciones dentro de las parejas y familias contemporáneas. Los valores asignados a lo masculino y los atributos de proveedor/dependientes, son, entre muchos otros, valores en crisis, origen de desasosiegos y conflictos entre hombres y mujeres, y entre los propios hombres. Ellos están descubriendo que tanto éstos como otros valores tienen que ser repensados, que las capacidades consideradas femeninas como la fragilidad y la expresividad afectuosa son necesidades humanas, que vivir la paternidad (S. Silva), la cercanía con los niños, no es manifestación de falta de hombría, sino una manera de modificar los modos estereotipados de vivir la vida como varones, limitados y necesitados de aceptación, como todo ser humano que no acierta y se confunde por hallarse en le mundo con la única certeza de que esta experiencia le compete sólo a uno mismo.♦

Verónica Valenzuela